Ella
y nuestra
vida
PABLO CRUZ RIVAS

Índice

Prólogo……
……2

Capítulo 1: Fabiana……
……3

Capítulo 2: Cómo la Conocí y Cómo Cambió mi Vida……7

Capítulo 3: Cuando Empezamos a Ser Uno……
……12

Capítulo 4: Nuevos Horizontes……
……16

Capítulo 5: Lo que Faltaba en Nuestra Vida……
……20

Capítulo 6: Lo que Aprendí de Ella……23

Capítulo 7: El Legado……
……26

Epílogo……
29

Prólogo

Este texto está pensado para quedar en la memoria. Si algun momento alguien se cruza en su camino, sepa que va a leer la historia de una familia, pero sobre todo es un testimonio de ella, no toda, sino una fracción de su tiempo en este mundo, centrada en la madre de la familia, mi esposa. Pensarás: ¿por qué?

Todo surgió como una conversación con ChatGPT, en esos caminos de colectivo hacia el trabajo. El descubrimiento de esta herramienta, casi nueva en estos tiempos, me daba la posibilidad de pensar de otra forma, más que curiosidad que otra cosa: ¿qué piensa una inteligencia sobre cosas varias, sobre el sentido de la vida, por ejemplo?

Mi forma de pensar me lleva a cuestionarlo todo: cada idea en mi mente es una pregunta sobre posibilidades, hechos y re-preguntas. Y así, entre cuestionamiento y cuestionamiento, llegó la idea de escribir sobre ella.

El sentido está motivado por el amor, claramente, pero no es solo eso. Creo fervientemente que ella merece dejar algo en este mundo, un recuerdo no solo para las personas que la aman, sino también para otras. Ella se ganó ese privilegio; sus obras cotidianas, su forma de ver la vida y su resiliencia son solo algunos ejemplos de sus cualidades únicas.

Es solo una historia más en este mundo, pero no es cualquier persona. Te invito a que mires e intentes entender quién es, qué ofrece y qué te quiere decir con su forma de vivir. Lo que sí, no esperes recetas mágicas, gurúes o métodos para vivir; solo la humilde vida de una persona que supo ser mejor y amar cada día de su vida.

Para mí amada.

Capítulo 1 – Fabiana

Ella, Fabiana Antonia Osores nació el 30 de marzo de 1978. Hoy tiene 47 años. Esto es una parte de su historia, de su vida y una pincelada de quién es.

Este libro no es una biografía formal, ni una exaltación desmesurada. Es un intento, apenas, de que quede escrita su historia.

Ella es una de esas personas que no hacen ruido en el mundo, que no levantan banderas ni aspiran a la fama, pero cuya sola presencia transforma. El sonido que generan en quienes tienen la suerte de cruzarlas es tan fuerte e importante que cambia la percepción de la vida misma. Dan sentido a la existencia de quienes las rodean, renuevan la esperanza, y llenan de amor con cada acto cotidiano.

Esas personas que no buscan seguidores pero, por su forma de ser, convocan. Que no ofrecen promesas vacías ni recetas mágicas, pero que logran unir a los demás a su alrededor, como si fueran un imán natural. Fabiana es una de esas personas. Su forma de enseñar no necesita púlpitos, porque enseña con el ejemplo. Su influencia no se impone: se siente. Y por eso este libro existe.

Ella nació en Rosario, Santa Fe. Su madre, Nina, fue quien la crió, y su padre biológico nunca fue parte de su vida. En su infancia más temprana fue cuidada por tías y familiares maternos que la amaron profundamente, y con quienes aún mantiene vínculos afectivos muy fuertes. Siendo aún una niña, su madre se mudó a Mar del Plata junto con Fabiana, para convivir con un hombre que se convertiría en su padrastro. El entorno era grande, por parte de ambos, y se fue ampliando con el paso de los años.

Los primeros años de su vida en esa casa no fueron fáciles. Fabiana no era la hija del hombre con el que vivían, y eso marcó muchas de las dinámicas familiares. Hubo situaciones tristes, injustas y dolorosas que no merecen ser contadas, pero que dejaron marcas. Aun así, ella siempre fue una niña buena, sensible, humilde, con una gran fortaleza interior que más tarde sería determinante en su historia.

En sus primeros años en la ciudad Fabiana estuvo acompañada por tías y familiares maternos que la cuidaron y amaron profundamente, relaciones que mantiene hasta el día de hoy. Con el tiempo, su madre tuvo una segunda hija, fruto de la relación con su pareja de entonces. Durante años, la relación entre hermanas fue la de cualquier infancia compartida, pero con el paso del tiempo se fueron distanciando, quizás por caminos de vida distintos o heridas no dichas.

Durante la primaria conoció amigas que durarían muchos años de su vida, vínculos que le darían contención y sentido, incluso muchas décadas después. En la secundaria continuó cultivando amistades duraderas y también conoció el amor por primera vez, ese amor adolescente que deja huella y enseña, con inocencia, qué significa amar y ser amado.

Tuvo la suerte de tener una vida bastante normal para una niña, a pesar de todo lo que vivió. No eligió su entorno ni sus circunstancias, pero dentro de ese mundo, pudo experimentar momentos de felicidad, juegos, risas y sueños que hacían equilibrio con las penas. Fue una niña con problemas de niña y alegrías de niña también, lo que habla de su capacidad para encontrar luz incluso en los entornos más grises.

Lo más notable de Fabiana es que, pese a todas las dificultades, no se volvió amarga ni dura. Desde muy joven sintió que necesitaba construir algo propio, y fue entonces cuando tomó una decisión que marcaría su vida: comenzar una carrera. Esa elección, simple en apariencia, fue en realidad una afirmación profunda de dignidad, una declaración silenciosa de que quería una vida distinta, que quería cuidar. Allí empezó no solo una formación, sino también el camino hacia su independencia.

Tras un hecho muy doloroso, del que nunca hizo bandera, tuvo que irse de su casa. Y lo más hiriente fue que su madre no la acompañó. Así comenzó una etapa en la que vivió en casas de amigos y conocidos, trabajando, estudiando, sobreviviendo.

Podría haber quedado en el margen, rendida. Pero no. En medio de la tristeza, la soledad y el abandono, ella construyó algo increíble: una voluntad inquebrantable de ser feliz.

Encontró en los amigos verdaderos un refugio, y en su trabajo una forma de dignidad. Sufrió mucho, pero no se quebró. Y llegó a independizarse por completo. Vivió sola, con sus propias reglas, con su propio amor propio, con su enorme dignidad.

Hoy, mirando hacia atrás, sigue viviendo en la misma zona de la ciudad, cerca del lugar donde estudió, cerca de la casa donde vivió tristezas, pero también donde comenzó su camino. El destino quiso que nunca se fuera muy lejos de esas calles, quizás para recordarle, cada día, que todo lo que es hoy lo construyó desde abajo. Desde el dolor, sí. Pero también desde la elección de amar, de confiar, de cuidar.

Fabiana es coherente, sensata, soñadora. A veces tiene miedo —como todos—, pero aun así se mueve. Aun así construye. Tiene modales de dama, el alma de una guerrera tranquila, y el corazón más humano que conocí.

No es perfecta, pero no necesita serlo. Su forma de estar en el mundo ya la hace inolvidable. Este libro existe porque su historia, aunque no salga en los diarios, merece ser contada. Porque lo que ella representa —el amor silencioso, el respeto, la superación humilde— merece quedarse, aunque pasen las generaciones.

Porque si un día alguien camina por donde ella caminó, y no sabe su nombre, al menos que estas palabras digan:

"Aquí vivió una mujer inmensa."

Capítulo 2: Cómo la Conocí y cómo cambió mi Vida

Un día la conocí. No me percaté de su existencia realmente; solo era una compañera de estudio. Mi mente estaba en otros procesos en ese momento: estudio, trabajo, me divertía como lo hace un joven que recién comienza su vida, y compañía no me faltaba. Poco tiempo después de comenzar a estudiar a su lado, sufrí la partida de mi madre, y coincidió con un acercamiento a ella. Siempre lo viví como si fuera una revelación, yo sentado atrás de ella en un salon enorme y lleno de gente, ella se paró an entregar unas notas al profesor y la observé por primera vez, era hermosa y pensé que tenía que acercarme. A través del estudio, pero con esa picardía de jóvenes que todos vivimos.

Realmente ella se acercó a mí, con la curiosidad de la persona nueva que estudiaba con ella, y con interés —obviamente—, como después me

confesó. Al principio, como ya conté, no noté su presencia realmente. Pero con el paso del tiempo me fijé en ella de la manera que un hombre se fija en una mujer. Digan lo que digan, es verdad que la primera impresión que uno tiene del otro es física. Podés escuchar sin ver, podés oler sin mirar, pero los ojos —si tenés la capacidad de usarlos— son lo primero que te conectan con el otro, una capacidad que podemos todos desde niños. Y asi comenzamos a conversar.

Fabiana no era como las demás. Había en ella una mezcla de serenidad y profundidad que descolocaba. No necesitaba levantar la voz para que se notara su presencia, ni buscaba llamar la atención, y sin embargo, estaba ahí.

Y un día nos acercamos. Pedidos de apuntes, libros... eran la excusa para estar a su lado. Las conversaciones fueron naturales, sobre la vida, el amor, el trabajo, las relaciones. Todo muy sincero, sin mentiras. Lindo, pero amistoso. Aprovechamos ese momento para conocernos un poco más aunque fui yo el que más hablo de su mismo, le conté sobre la perdida de mis padres, la necesidad de trabajo y los desamores pasados, haciéndole saber que estaba libre para amar nuevamente, que el anillo que ponia en mi dedo era de mi madre y que apostaba a la familia y el amor.

Así un día arreglamos para estudiar juntos, y unos días después me llamó para decirme que no podíamos juntarnos. Así que en ese momento me lancé a todo o nada. Recuerdo que le dije que era una lástima porque la quería ver y que la quería invitar a salir. Hubo un silencio de dos segundos, una risa y un: "¿Así?". "Sí", le dije, y ella aceptó. Hablamos brevemente de qué hacer y dónde ir, y acordamos una cena en su departamento y una película, planes que nos acompañarían por muchos años.

Llegó el día. Me preparé como nunca, con lo mejor que tenía (según lo que yo creía). Después, al poco tiempo, ella me ayudó a cambiar ese aspecto de mí: lo que yo no daba importancia, aprendí a mejorar. Me sentía confiado, ansioso pero feliz. Fui a su casa. Estaba hermosa, delicada y dulce como siempre. Le gustó mi vestimenta, eso que después me ayudaría a cambiar.

Años después seguimos riendo de esa primera noche: pollo al espiedo con papas, una película y una docena de alfajores Habana. Nos reímos, conversamos, cenamos, miramos la película. Fue muy lindo. Y recuerdo que cuando aparecieron los títulos, dije: "Es el momento". Me di vuelta, la miré y la besé. Suavemente nos besamos, y naturalmente nos dejamos llevar.

Comenzamos un noviazgo. Recuerdo esa noche que me preguntó qué buscaba, y ella quería una relación. Así que nos dejamos llevar. Estábamos solos en la vida: ella, viviendo sola, alejada de su madre; y yo, transitando la pérdida de la mía. Pero en ella no solo encontré una gran amiga, sino una muy buena compañía.

Recuerdo que durante unos días nos distanciamos. Una chica con la que salía antes de ella me había contado que hacía un tiempo no tenía su período. Decidí contarlo, y ella me dijo que solucionara mis cosas y después veamos. Por suerte, fue algo de días, y salí corriendo a informarle que ya se había solucionado. Solo fue una falsa alarma. Y volvimos. Estábamos juntos todo el tiempo, casi siempre.

Salíamos a pasear, a comer, estudiábamos juntos, compartíamos, y yo estaba muy unido.

También en esa época caí en razón realmente de la pérdida de mi madre, y fueron momentos difíciles, de mucha angustia, y ella siempre estuvo a mi lado, ayudándome y escuchándome.

Recuerdo una vez que llegué a su casa. Ella tenía una bolsa de consorcio llena de ropa. Me dijo: "Acá tenés tu ropa que dejaste acá, llevátela a tu casa". Me quedé mudo, pero por supuesto acepté. Su casa, sus reglas.

Pero seguimos. Recuerdo peleas de novios, los dos siempre tuvimos nuestro carácter. Una vez le planteé que ella salía todo el tiempo con sus amigas y no teníamos tiempo juntos. Ella me planteó que siempre fue así y no lo iba a cambiar, pero que veríamos cómo podíamos hacer. Y así fue: nos acomodamos y seguimos. Ella era muy libre y muy independiente. Yo era más joven que ella, y si bien la veía con admiración, nunca tuve miedo de plantearle lo que sentía, por lo menos en esa época tan temprana.

Un día, fruto de nuestro amor pero a poco tiempo de conocernos —tres meses de comenzada esta historia—, ella quedó embarazada. Fue un momento muy difícil. No nos conocíamos. Nuestro compromiso era muy joven y teníamos una vida por delante. Ella tenía 26 años y yo 22. Prácticamente no sabíamos vivir. Las decisiones que tomamos en ese momento marcarían todo nuestro futuro.

Debatimos mucho. Ella estaba muy mal y no quería ser madre. Yo no lo tenía en mis planes, pero aceptaba la realidad. Antes del debate del aborto que se vino masivamente años después, yo tenía en mi mente que las mujeres debían tener el derecho de elegir si continuaban con un embarazo o no. Después de todo, es su cuerpo. Pero yo no estaba, como en este momento, de acuerdo totalmente con el aborto. Así que después de debatirlo y pensarlo mucho, decidí qué haría. Lo hablamos. Ella quería abortar, yo no. Pero llegué a la decisión y se lo dije: "Te voy a acompañar en todo. Te voy a ayudar a encontrar la plata para el médico, te voy a cuidar hasta que estés bien, pero después no nos vamos a volver a ver". Y así fue. Conseguí la plata, y se la di. Le pregunté si eso era lo que quería, y le di tiempo de pensar.

Yo estaba decidido, ese era mi plan y lo iba a seguir, sin apuros y sin reproches. Un día hablamos y ella me dijo que no iba a abortar. Después, con el tiempo, ella me confesó que mis actitudes la hicieron creer en mí, en tener esperanzas de un futuro, y que no quería perder a un hombre que ella consideraba que era todo lo que siempre había soñado.

Nos inundó la incertidumbre no sabíamos que hacer, cuáles eran los siguientes pasos pero seguimos tratando de formar un futuro.

Hay algo en mí que, seguramente, le pasa a muchas personas: uno actúa por impulsividad y, después de realizar una acción o decir algo, llega el pensamiento correcto de lo que debería haber hecho. Si bien en muchas ocasiones, o casi todas, eso resulta perjudicial, a veces termina saliendo de la forma correcta. Fue así que, movido por el amor, en parte por impulsividad y por ese desconocimiento de la vida, mezclado con idealización, le propuse casamiento.

Solo ella puede decir lo que realmente sintió en ese momento. Fabiana aceptó a pesar de que no tenía nada para ofrecerle y, como ya dije, apenas me conocía. Aceptó a pesar de los tres escasos meses que llevábamos juntos, a pesar de que no tenía ni un anillo ni nada material que ofrecerle. Aun así, ella decidió tener una familia conmigo.

Nuestro casamiento no fue una épica histórica ni una boda de película; fue, sin embargo, un pacto sencillo y profundo. Ese día firmamos, con gestos y palabras, la decisión de caminar juntos. Para nosotros fue la afirmación de que, a pesar de las dudas y la fragilidad de la juventud, queríamos construir un hogar y protegernos mutuamente.

Quizá lo que más recuerdo es la sensación: calma mezclada con alegría, la familia cerca, los abrazos que hablaban por quienes no encontraban palabras. Amigos y familiares se acercaron. La ceremonia fue un acto íntimo, un juramento de vida que nos dio fuerzas para lo que vendría.

En aquel tiempo no teníamos mucho, pero sí convicción. No fue una fiesta ostentosa; celebramos con lo que pudimos, con el amor como centro. Esa modestia fue parte de la belleza del día y nos enseñó que lo importante no es la pompa, sino el compromiso.

El casamiento selló lo que ya sentíamos: que, ante todo, éramos compañeros. Y aunque la memoria borre los pormenores, el compromiso permanece intacto y nos ha guiado siempre.

Y así comenzó nuestra vida juntos

Capítulo 3 – Cuando Empezamos a Ser Uno

Era algo muy loco saber que iba a ser padre, creo que en ese tiempo estaba también atravesado por las creencias religiosas que practicaba pero estaba contento, feliz, en el fondo de mi ser sabía que era una buena decisión, pero tenía el problema de que me faltaba un título para ejercer, terminar de estudiar y no tenía un trabajo estable.

Para ese momento ya nos habíamos mudado a un primer piso arriba de un garage de una casa donde vivían unos abuelos, Beba y Ezequiel, la casita no era muy grande pero para nosotros por el momento nos servía y podíamos pagarlo. Sabíamos que no podíamos seguir viviendo en el departamento, a esa altura, yo ya dormía en el piso, el embarazo seguía su curso y su panza seguía creciendo.

Gracias al seguro de vida de mi madre habíamos tenido la oportunidad de poder comprarnos un auto, nuestra primera inversión, algo que desafortunadamente tuvimos la mala suerte de perderlo por un robo. Uno de los momento que más enseñanzas nos dejó.

Pasaron los meses y llegó ese día, Abril iba a salir de la panza de mamá, fuimos hasta la clínica, le pusieron un suero y esperamos, Fabiana estuvo de trabajo de parto bastante tiempo y se sentía cansada e irritable por momentos, cosa muy natural y llegó el momento de ir al quirófano.

Después de vestirme como corresponde, pude entrar y ahí estaba ella, acostada y a punto de ser mamá. Comenzó el parto, ella hacía fuerza y yo le sostenía el oxígeno y la mano, le daba fuerzas, pude presenciar el momento exacto en que salió. Se la llevaron y yo la seguí, era pequeña, lloraba, la limpiaron, le evaluaron y realizaron todas las pruebas y procedimientos necesarios y la amé enseguida, pero no era mi lugar con ella en ese momento.

Fabiana sufría de lo que el doctor después nos diría: atonía uterina, no paraba de sangrar y los doctores se encontraban apurados y estresados, así que me quedé a su lado, impaciente, tratando de entender lo que estaba viviendo. En ese momento tenía muy poca experiencia y no sabía entender el significado de lo que estábamos viviendo. Por suerte en un momento paró y lograron estabilizarla y detener el sangrado.

Ahí apareció Abril y por primera vez estuvimos los tres juntos, ya éramos una familia. Lo que siguió fue un momento de mucho descanso para ella. Unos días después pudimos ir a casa y comenzar a vivir. Todavía recuerdo el momento en que llegamos, sentía una alegría inmensa, estaba en mi casa con mi familia y una bebé hermosa, sana y pura, era un sueño hecho realidad, nunca amé tanto a una persona, ¿como podía ser que algo así existiera y fuera mío, que yo lo allá creado?.

Y nuestra vida comenzó a tomar forma. Volviendo unos pasos atrás, como recordarás, te conté que Fabiana se había ido de su hogar; su relación con su madre no era buena y a ella le generaba dolor que no siempre daba a conocer. Yo, al haber perdido a mis padres, entendía la importancia del perdón y de tenerlos. Le dije lo necesario que era tener a la madre cerca, aprender a perdonar y entender los errores y flaquezas de los demás, de que si ella en algún momento se tenía que ir de este mundo, ellas dos puedan irse y no deberse nada. Tenía miedo de su futuro, no quería pensar en ella como una persona que conviene con el dolor de no estar con su madre en su último momento o con rencores y culpas, no quería eso para ella, no se lo merecía.

Y así fue: de a poco comenzaron a recomponer su vínculo. El día que Fabiana le contó que iba a ser madre, su mamá lloró de alegría y de amor

y entendí que íbamos por bien camino, me puse muy contento por ella y me sentía orgulloso.

En lo personal, seguía intentando tener un trabajo digno, hasta que tuve la suerte de entrar en una clínica y dar los primeros pasos en mi carrera. Trabajaba mucho, muchas horas, y la comida ya no nos faltaba. No estaba mucho en casa, y ese momento lo recuerdo un poco triste hoy, ya que me perdía muchas cosas de la bebé. Pero era mi deber esforzarme para darle un buen futuro y una buena vida. No podía, no estaba en mi, darle la responsabilidad a ella de esforzarse y no dar el cincuenta porciento de mi parte para que la familia se desarrolle.

En casa Abril lloraba todas las noches y mucho, y así mil anécdotas hermosas, momentos de amor. De cansancio de aprender a vivir.

En esa clínica no me fue bien, no estaban pagando el sueldo y eso era algo que no podía esperar, así que busqué y tuve la suerte de que un día encontré en otra clínica, de más renombre y donde pagaban más, justo a la vuelta de donde trabajaba Fabiana. Recuerdo que incluso en algunos momentos, si salía a la ventana, podía verla a ella desde su trabajo y nos saludábamos.

Después ella esperaba a que yo saliera, nos tomábamos el colectivo, ya que a nuestro primer auto lo habiamos perdido. Íbamos a buscar a Abril a lo de la abuela y después íbamos a nuestra casa tomando otro colectivo, llegábamos tarde a casa.

Fue un momento de mucho esfuerzo, pero estábamos juntos.

Y así nuestra economía, nuestra vida y aspiraciones crecían cada vez más. Nunca me gusto ser conformista, soñar, anehelar y luchar por eso siempre fue parte de mi.

Capítulo 4: Nuevos Horizontes

Nuestra vida había tomado un ritmo distinto. Los días de incertidumbre y apuros económicos quedaban atrás poco a poco, como una tormenta que se disipa lentamente y deja un cielo más claro. No es que todo fuera fácil, pero cada paso que dábamos nos llevaba a un terreno más firme. Habíamos aprendido a caminar juntos sorteando obstáculos, y eso nos había dado una fortaleza que no sabíamos que teníamos.

Fabiana se afianzaba cada vez más en su trabajo. Su compromiso y responsabilidad se notaban, y yo la miraba con orgullo, admirando no sólo la mujer que era en casa, sino también la profesional que crecía día a día. Por mi parte, mi carrera empezaba a tener un rumbo más claro. Lo

que antes era sólo una necesidad de sobrevivir se convertía en un camino donde podía proyectarme, aprender y sentir que estaba construyendo algo más que un simple sueldo.

Abril crecía rápido, casi demasiado. Cada nuevo gesto, cada palabra que aprendía, cada travesura, llenaba la casa de vida. Su risa era capaz de borrar cualquier cansancio, y su mirada curiosa nos recordaba que el mundo estaba lleno de cosas por descubrir. Tenía esa energía que sólo los niños poseen, esa capacidad de transformar cualquier rincón en un lugar mágico.

Si bien habíamos hablado del tema y estábamos más estables económicamente, el hecho de tener un auto era un emprendimiento importante para nosotros. Pero un día, sin más, le dije a Fabiana: “Necesitamos un auto, necesitamos un 0 km”. Ella, obviamente, me respondió que era algo imposible, y más aún tratándose de un 0 km. Pero yo insistí: “Nada es imposible si estamos juntos”.

Con el tiempo, se nos dio. Pudimos lograrlo. Tuvimos un auto nuevo, y con todo lo que aprendimos del auto viejo supimos valorar ese privilegio. No fue sencillo: casi caemos en una estafa, pero nuestro respeto y sinceridad con la gente nos ayudó a conseguirlo. Hoy, mirando atrás, entendemos que muchos errores de aquel entonces nos pasaban por pura inexperiencia, pero también que cada uno de ellos nos dejó un aprendizaje valioso.

A medida que avanzamos, nos pudimos dar el lujo y organizamos nuestro primer viaje. Fuimos a Buenos Aires, una ciudad que a Fabiana no le gustaba, pero que con el tiempo aprendió a amar. Y cómo no amar semejante ciudad… con su ritmo, su historia y su encanto particular. Sin embargo, nuestro lugar siempre estuvo acá, en nuestra amada Mar del Plata, con su mar, sus calles conocidas y ese aire que nos hacía sentir en casa.

Pasaron algunos años, no muchos, pero lo suficiente para planear nuevos horizontes. La dueña de la casa decidió que debía aumentarnos el alquiler, algo que no me gustó. En ese momento eran 39 pesos, algo que hoy parecen migajas, pero para nosotros en ese tiempo era mucho. Así

que, con el mismo ímpetu que supe tener para el auto 0 km, le dije a Fabiana: “Necesitamos mudarnos a nuestra propia casa”.

No pasó mucho tiempo, cuando Fabiana encontró en el fichero del trabajo una nota que ofrecía asesoría para poder comprar una casa a través del Banco Nación. Apareció con la noticia en casa y le dije: “Averigüemos”. Y así, casi sin quererlo y sin pensarlo demasiado, nos embarcamos en la mayor empresa que podríamos imaginar: nuestra casa.

Conseguir un préstamo no era sencillo, había que calcular cada gasto para que la cuota no nos dejara sin comer ni sin vivir, y además seguíamos pagando el auto nuevo en esa época. Pero una vez que todo estuvo encaminado, comenzó la parte más emocionante: la búsqueda. Recorrimos barrios, visitamos muchas casas, caminamos por distintas zonas con la ilusión en los ojos. Hasta que un día, Fabiana encontró nuestra casa.

La casa apareció de la manera más simple, pero también más contundente: Fabiana la vio y sintió algo distinto, una corazonada que le decía que ese era el lugar donde íbamos a empezar una nueva vida. Ella se enamoró de inmediato. Era su techo, su refugio. El tamaño era ideal, el patio enorme, lleno de futuro. Cuando fui con ella a verla, lo entendí. No era una mansión ni la casa perfecta, pero tenía algo que ninguna otra nos había transmitido: se sentía nuestra.

El trámite de compra fue una verdadera montaña rusa de firmas, papeles y esperas. Cada paso era un avance hacia el sueño, pero también un salto al vacío. Había miedo, porque comprometerse a pagar una casa era una rresponsabilidad enorme, pero el deseo de tener lo propio pesaba mucho más. Recuerdo que al salir del banco después de firmar, nos miramos con Fabiana y nos reímos de esa mezcla de susto y felicidad que llevábamos encima. Todo estaba en marcha.

El día que nos entregaron las llaves fue inolvidable. Fuimos al banco y estaban todos: la gente de la inmobiliaria, los dueños, los del banco. El gerente revisaba papeles mientras nosotros contactábamos a alguien para cambiar los pesos a dólares. Trajeron la plata: una mesa llena de billetes. Nunca habíamos visto tanto dinero junto y, en un instante,

desapareció en la conversión. Ya no era nuestro, pero a cambio teníamos algo más valioso: las llaves de nuestra casa.

Al salir a la calle, nos miramos y no lo podíamos creer. Era nuestra, la teníamos. No importaba que necesitara pintura, arreglos o muebles; no importaba que hubiera detalles por mejorar. Lo importante era que era nuestra.

La mudanza fue una aventura. Dejamos el departamento chico, llenamos el auto con nuestra vida y nos fuimos. Entrar por primera vez, encontrar la casa vacía pero con miles de planes fue algo inolvidable, limpiar, organizar, no teníamos mucho y con la casa ordenada era como estar en un castillo, Abril nos nos acompaño en ese momento pero la fuimos a buscar y verla corriendo de pieza en pieza explorando, fue pura magia.

Ese primer tiempo lo vivimos con intensidad. Cada clavo, cada pared pintada, cada mueble armado era dejar nuestra huella. No era solo trabajo: era transformar un espacio vacío en un verdadero hogar. Cada rincón empezaba a hablar de nosotros, de nuestra historia, de nuestras ganas de crecer juntos.

Fueron meses de esfuerzo, de modificar y adaptar, de hacer la casa a nuestro modo de vida. Hubo dificultades, sí, pero esta vez lo teníamos todo: auto, casa y comida.

Paso el tiempo, hicimos de esa casa nuestro hogar y sentimos algo nuevo que estábamos incompletos. Algo faltaba en nuestra vida.

Capítulo 5: Lo que Faltaba en Nuestra Vida

No se puede explicar con palabras, pero algo faltaba. Con los años, y después de mucho pensar y sentir —con la poca experiencia que teníamos en la vida— apareció en nosotros la necesidad de agrandar la familia. Lo conversamos y entendimos que no era solo el anhelo de tener otro hijo: también queríamos que Abril no estuviera sola en este mundo. Sabíamos que como padres siempre íbamos a estar, pero darle lo que nosotros no habíamos tenido —amor de hermano y compañía— se convirtió en nuestro sueño.

Así que nos pusimos a buscar. Al principio fue preocupante porque Fabiana no lograba quedar embarazada, hasta que un día lo conseguimos. La felicidad fue enorme, pero duró poco: al poco tiempo recibimos la noticia de que el bebé no tenía vida. Fue un golpe devastador. Fabiana tuvo que someterse a un legrado para limpiar su cuerpo. Fueron momentos muy difíciles, de esos que parecen sacudirte hasta lo más profundo. Pero lo atravesamos juntos, y con la convicción intacta de que ese no era el final.

Esperamos el tiempo prudencial y volvimos a intentarlo. Esta vez costó más, tardó más, pero finalmente llegó la noticia: Fabiana estaba embarazada de nuevo. Y ahora todo era distinto, todo marchaba bien. Fue un embarazo hermoso. Fabiana estaba radiante, y Abril —que también había sufrido aquella primera pérdida— estaba feliz de saber que la familia iba a crecer.

Y un día llegó. Victoria llegó. Decidimos ponerle un solo nombre: ella no tenía que ser como todos. Sin quererlo, desde antes de nacer ya se estaba forjando esa actitud tan imponente que hace honor a su nombre.

Elegimos la cesárea como la mejor opción para evitar complicaciones. Y así fue: todo salió perfecto. Nació simple, fuerte, como es ella. Todo fue distinto a lo que habíamos vivido con Abril: sin sobresaltos, sin miedos. Tuve la suerte de poder filmarlo, y ni bien salió, lo primero que sucedió fue que estuvimos juntos los tres. La apoyaron en el pecho de Fabiana y, mientras lloraba, sentimos por primera vez esa felicidad tan pura que solo da la belleza de un bebé recién nacido.

Fabiana quedó en recuperación, así que me dirigí con Victoria a la habitación. La tuve conmigo, la abracé, y juntos esperamos a mamá. Cuando Fabiana llegó, ya casi recuperada, puse a nuestra hija en sus brazos. Fue la primera vez que la sostuvo, y ahí empezó todo.

Pasaron las horas y llegaron los abuelos con Abril. Le presentamos a su hermanita y se la dimos en brazos. La sostuvo sola, con cuidado y con orgullo, y se conocieron. En ese instante supimos que ellas nunca iban a estar solas en este mundo. Y nosotros, por primera vez, nos sentimos completos.

Ya no estaba esa sensación de vacío: éramos, somos y seremos nosotros. Una familia.

Capítulo 6: Lo que Aprendí de Ella

Hoy nos encontramos en lo que considero la mitad de nuestra vida, la mitad del camino, y ¿qué tenemos? Tanto. He vivido más con Fabiana de lo que viví con mis padres. Con ella crecí, con ella me equivoqué, con ella aprendí. Y sobre todo, con ella descubrí lo que significa vivir de verdad.

¿Y qué aprendimos? Juntos aprendimos a vivir, a amar y a entender la vida. Pero si me detengo a pensar en lo que ella me enseñó, la lista es inmensa.

Fabiana me enseñó el valor de la humildad. Ella nunca necesitó de grandes cosas para sentirse plena, y nunca permitió que el orgullo la dominara. Recuerdo que muchas veces, cuando yo me enojaba por sentir que merecíamos más o que nos trataban injustamente, ella simplemente me decía: “Lo importante es que estemos juntos, lo demás se acomoda”. Su mirada ponía todo en perspectiva, y me hacía entender que no se trata de tener razón, sino de mantener la paz.

El valor de la humildad, el poder y la importancia de ser fiel a los amores, a la vida misma. Me mostró que la verdadera grandeza no está en lo que uno tiene, sino en cómo trata a los demás.

También me enseñó el poder de la amabilidad. Fabiana tenía esa capacidad de saludar a todos, de preguntar cómo estaban de verdad, de hacer sentir importante hasta a la persona más olvidada. Más de una vez la vi detenerse a escuchar a alguien que nadie quería escuchar, y lo hacía con un interés genuino. De ella aprendí que la bondad no cuesta nada, pero puede cambiarle el día —y a veces la vida— a alguien.

Me enseñó que la empatía es un regalo inmenso, y que ponerse en el lugar del otro cambia la manera en que miramos el mundo. Muchas veces la vi comprender a personas que ni siquiera se esforzaban por explicarse, y aún así ella lograba tenderles una mano.

Fabiana también me enseñó a disfrutar de lo simple. Para ella la felicidad podía estar en preparar una comida especial un día cualquiera, en llevar a las chicas a la plaza, o en caminar de la mano conmigo al atardecer. Con ella aprendí que lo cotidiano es lo que en verdad construye la memoria de la vida. Que las grandes alegrías no siempre vienen de lo extraordinario, sino de valorar lo de todos los días.

De ella aprendí que el pasado no debe atarnos. Que no es necesario cargar con rencores ni con ausencias para seguir adelante. Su fortaleza estuvo siempre en soltar, en no dejarse marcar por lo que faltó, sino en abrazar con gratitud lo que tenía. A veces hablábamos de lo que no tuvo en su infancia, de las ausencias que podrían haberla marcado, y sin embargo siempre lo hacía sin rencor. Ella había elegido no vivir con resentimiento. Esa decisión, esa capacidad de no quedarse atrapada en lo que faltó, me hizo comprender que la verdadera fuerza está en mirar hacia adelante, no hacia atrás.

Y, sobre todo, me enseñó lo que significa amar. Fabiana me mostró que el amor no es sólo emoción, sino una decisión diaria. En los momentos más difíciles, cuando el cansancio, las deudas o las discusiones nos apretaban, ella seguía estando, eligiéndonos, apostando a nuestra familia. Con ella aprendí que amar no es perfecto, pero sí es constante. Que el amor no es un impulso pasajero, sino un compromiso de cada día, incluso en los momentos más duros. Amar es estar, acompañar, sostener, elegir al otro una y otra vez.

Eso, y mucho más, me enseñó Fabiana. Y lo sigue haciendo, porque cada día encuentro en ella una lección nueva, una forma distinta de mostrarme que la vida vale la pena cuando se vive con amor, con entrega y con fe en el otro.

Capítulo 7: El Legado

Cuando pienso en la palabra legado, lo siento como algo que ella viene construyendo día a día, con cada gesto, con cada palabra y decisión. No hace falta esperar al futuro para verlo: ya está aquí, en nuestras vidas, marcándonos para siempre.

Su mayor legado está en nuestra familia. Abril y Victoria crecen bajo el ejemplo de una madre que les enseña con hechos y con palabras. Ellas

aprenden de su ternura, de su fortaleza, de su manera de mirar el mundo. Cada vez que las escucho hablar, cada vez que las veo actuar con generosidad o con amor, siento que llevan algo de ella en sus corazones. Fabiana no solo las guía: las moldea con su presencia, con su forma de vivir.

En mí, su legado es profundo. Yo soy distinto desde que la conocí. Y atravez de los años me siento cada día un poco mejor persona.

Crecí a su lado y me enseñó a mirar la vida con más calma, a valorar lo simple, a amar sin condiciones. Todo lo que hoy soy, lo que pienso, lo que creo, tiene su huella. Y sé que aun cuando los años pasen, sus enseñanzas van a seguir siendo mi brújula, la voz que me recuerda cómo debo vivir y porque.

Pero su legado no se queda en nosotros. Lo lleva cada persona que alguna vez cruzó su camino. Quienes la conocieron saben que tiene esa capacidad única de hacer sentir importantes a los demás, de dar una palabra justa, de regalar una sonrisa que cambia un día entero. Estoy convencido de que Fabiana ha dejado marcas en muchos corazones, incluso en aquellos que apenas compartieron un instante con ella.

El verdadero legado no son las cosas materiales, sino las huellas que se dejan en el alma de los demás. Y en eso, Fabiana ya ha ganado. Su manera de ser, su forma de amar y su ejemplo seguirán vivos en todos nosotros.

Porque el legado de Fabiana no es solo un recuerdo: es una fuerza que nos impulsa a ser mejores, una luz que nos acompaña, un testimonio de que la vida, cuando se vive con amor y humildad, se transforma en algo eterno.

Yo sé que el mundo es un poco mejor con su presencia como también se que por más que pasen las generaciones sus enseñanzas van a moldear en parte a esas personas.

Quizás el destino no levanté una estatua, quizás en un futuro no se nos recuerde, pero eso no quiere decir que la presencia de su existencia no marque el ritmo de nuestra futura familia, y lo que construimos, estemos donde esten o sean quien sean siempre llevarán la huella de su amor.

Epílogo

Hoy, al mirar hacia atrás, veo que nuestra historia no es perfecta, pero sí es única. Está hecha de tropiezos, de aprendizajes, de luchas y, sobre todo, de amor. Con vos, Fabiana, recorrí un camino que me transformó, que me regaló una familia y que le dio sentido a cada día.

A veces me pregunto cómo habría sido mi vida sin vos, y la respuesta siempre es la misma: incompleta. Porque no estás solo en mis recuerdos ni en mi presente: estás en la manera en que pienso, en cómo amo, en lo que sueño. Sos mi compañera, mi refugio, mi inspiración.

Lo que comenzó como un encuentro casual se convirtió en la obra más importante de mi vida: nuestra familia. Y sé que, mientras estemos juntos, siempre habrá un nuevo capítulo por escribir.

El tiempo me enseñó, gracias a vos, que la felicidad no está en los grandes logros, sino en lo que compartimos cada día: una charla en la cocina, una risa compartida, una mirada de complicidad. Si algo aprendí en este camino, es que el verdadero sentido de la vida está en esos momentos sencillos que se vuelven eternos cuando se viven con amor.

Escribo estas páginas porque necesito dejar constancia de lo que significás para mí y para todos los que te rodean. No es solo un libro: es mi manera de agradecerte, de reconocerte, de asegurarme de que tu huella nunca se pierda. Fabiana, en vos encontré el sentido de la vida: compartir, crecer, aprender y soñar juntos. Y en este relato me llevo también a el futuro, porque sé que lo que construimos seguirá vivo en Abril, en Victoria, en nuestra familia y en cada persona que alguna vez fue tocada por tu bondad.

Leyendo y tratando de entender el mundo, la vida y el porqué estamos acá, se nos viene la pregunta fundamental de toda persona: ¿cuál es el sentido de la vida? Después de mucho pensar puedo afirmar que el sentido es el que le damos cada uno de nosotros. Para muchos será

viajar, tener una mascota o realizarse como individuos; cada persona tiene el suyo. El mío es compartir mi vida con vos: esos desayunos de sábado en la cama escuchando música, los mates de la tarde viendo la televisión, un viaje en auto conversando sobre una película, salir a cenar y soñar. Ese es mi sentido: nuestra vida compartida y ese amor eterno.

Este libro no es un final, tampoco una despedida. Es apenas una pausa en medio del viaje, un recordatorio de todo lo que hemos vivido y de lo mucho que aún tenemos por vivir. Porque mientras estés a mi lado, sé que siempre habrá futuro, siempre habrá esperanza, siempre habrá amor.